


¿Y si las palabras de un
desconocido pudieran
sanar tu corazón?



Countas
a los
Perdidos

Brigid Kemmerer



Para Michael.

Soy tan afortunada de tenerte a mi lado en esta montaña rusa.

*(Más que nada, porque
no dejamos que el otro se baje).*

Capítulo 1

Hay una foto que no me puedo sacar de la cabeza. Una niñita con un vestido floreado grita en la oscuridad. Se ve sangre por todos lados: en sus mejillas, en el vestido, en gotas que salpican el suelo. Un arma apunta al camino de tierra, al costado de la niña; no se ve al hombre, pero se pueden ver sus botas. Me mostraste esa foto hace años y me contaste la historia del fotógrafo que la tomó, pero todo lo que recuerdo es la expresión del grito y las flores y la sangre y el arma.

Sus padres se equivocaron de camino o algo por el estilo. En una zona de guerra, quizás. ¿Era en Irak? Creo que era en Irak. Fue hace mucho y no recuerdo bien la historia.

Se equivocaron de camino, unos soldados se asustaron y empezaron a disparar al auto. Los padres murieron en el momento.

La niña corrió mejor suerte. ¿O peor?

No sé.

Al principio se ve el horror, porque está grabado a la perfección en el rostro de la pequeña.

Después se ven los detalles. La sangre. Las flores. El arma. Las botas.

Algunas de tus fotos son así de atrapantes.

Quizás debería pensar en tu trabajo. Me parece mal estar apoyada contra tu lápida pensando en el talento de otro.

No lo puedo evitar.

A la niña se le nota en la cara. Están destrozando su realidad, y ella lo sabe.

Su madre ya no está, y ella lo sabe.

Hay agonía en esa imagen.

Cada vez que la veo, pienso: "Sé perfectamente cómo se siente".

Tengo que dejar de mirar esta carta.

Solamente levanté el sobre porque se supone que tenemos que quitar cualquier cosa personal frente a las lápidas antes de cortar el césped. Me tomo mi tiempo porque ocho horas son ocho horas, y no es que me paguen por esto.

Mis dedos manchados de grasa dejaron marcas en el papel. Debería arrojar la carta a la basura antes de que alguien se dé cuenta de que la toqué.

Pero mis ojos siguen repasando los trazos del bolígrafo. La letra es cuidada y pareja, pero no perfecta. Al principio no puedo descifrar qué me llama tanto la atención, pero después lo veo claramente: esas palabras fueron escritas por una mano temblorosa. La mano de una chica, por lo que veo. Las letras son bastante redondeadas.

Miro la lápida. Parece nueva. El granito brillante está grabado con unas letras bien definidas: *Zoe Rebecca Thorne*.

Amada esposa y madre.

La fecha en que murió me pegó fuerte. El veinticinco de mayo de este año. El mismo día en que me tomé una botella entera de whisky, me subí a la camioneta de mi padre y la choqué contra un edificio de oficinas vacío.

Es curioso cómo esa fecha está grabada en mi cerebro, pero también lo está en el de otra persona por algo totalmente distinto.

Thorne. El nombre me suena, pero no lo puedo ubicar. Se murió hace unos meses nomás, y tenía cuarenta y cinco, así que por ahí salió en las noticias.

Seguro que yo tuve más prensa.

—¡Ey, Murph! ¿Qué estás haciendo?

Doy un salto y dejo caer la carta. Melones, mi "supervisor", está parado en la cima de la colina, pasándose por la frente un pañuelo empapado de sudor.

En realidad, su apellido no es Melones, como tampoco el mío es Murph. Pero si él se va a tomar libertades con *Murphy*, yo voy a hacer lo mismo con *Meléndez*.

La única diferencia es que yo no se lo digo en la cara.

–Perdón –respondo, y me inclino para levantar la carta.

–Pensé que ibas a terminar de cortar el césped de esta sección.

–Sí, y lo voy a hacer.

–Si no lo haces tú, entonces lo tengo que hacer yo. Me quiero ir a casa, nene.

Siempre se quiere ir a su casa. Tiene una hija de tres años que está totalmente obsesionada con las princesas de Disney. Ya sabe el abecedario y los números. El fin

de semana pasado celebró su cumpleaños con quince niños de su clase de preescolar, y la esposa de Melones hizo un pastel.

Me importa un carajo todo esto, claro. Pero es que no puedo lograr que el tipo cierre la boca. Por algo dije que iba a encargarme de esta sección yo solo.

–Ya sé –le dije–. Yo lo hago.

–Si no lo haces, no te voy a firmar la planilla de hoy.

Me da rabia, pero debo recordar que si hago alguna estupidez, es probable que la jueza se entere. Y ella ya me odia.

–Dije que lo iba a hacer.

Melones hace un gesto desdeñoso con la mano, se da vuelta y va hacia el otro lado de la colina. Piensa que lo voy a dejar colgado. Por ahí pasó eso con el tipo anterior.

No sé.

Un momento después, oigo que se enciende su cortadora.

Tendría que terminar de quitar los recuerdos que dejan aquí para subir a mi cortadora también, pero no lo hago. El sol de septiembre da mucho calor en el cementerio, y me tengo que correr el pelo húmedo de la frente. Uno diría que estamos en la Florida, en vez de hallarnos más al norte,

en Annapolis, Maryland. El pañuelo que Melones llevaba en la cabeza casi parecía algo previsible, un lugar común, pero ahora lo envidio.

Odio todo esto.

Tendría que estar agradecido por que me hayan dado servicio comunitario, lo sé.

Tengo diecisiete años, y durante un tiempo parecía que en el tribunal me iban a tratar como a un adulto, pero no es que hubiera matado a alguien. Fue solo daño a la propiedad. Y tener que hacer el mantenimiento del césped de un cementerio no es precisamente una condena a muerte, a pesar de que la muerte me rodea.

Como sea, odio todo esto. Yo digo que no me importa lo que la gente piense de mí, pero es mentira. A cualquiera le importaría si todo el mundo pensara que uno no es más que una bomba de tiempo. Las clases empezaron hace unas semanas nomás, pero es probable que la mitad de mis profesores esperen que, en cualquier momento, entre a los tiros en la escuela. Ya me imagino mi foto en el anuario del último año. *Declan Murphy: El mejor candidato a cometer un delito.*

Me causaría muchísima gracia si no fuera tan deprimente.

Vuelvo a leer la carta. El dolor emana de cada palabra como una llamarada. Es ese dolor que te hace escribir cartas a alguien que nunca las va a leer.

Ese dolor que te *aísla*. Ese dolor que puedes asegurar que nadie más ha sentido, *jamás*.

Mis ojos se posan en los últimos renglones.

A la niña se le nota en la cara. Están destrozando su realidad, y ella lo sabe.

Su madre ya no está, y ella lo sabe.

Hay agonía en esa imagen.

Cada vez que la veo, pienso: "Sé perfectamente cómo se siente".

Sin pensarlo, tomo un lápiz cortito de mi bolsillo y lo presiono contra el papel.

Justo debajo de la letra temblorosa de la muchacha, agrego dos palabras.

Capítulo 2

Yo también.

Las palabras están temblando, y me doy cuenta de que no es el papel el que se mueve: es mi mano. Esas palabras ajenas casi me queman la vista.

Alguien leyó mi carta.

Alguien leyó mi carta.

Miro a mi alrededor como si esto acabara de pasar, pero el cementerio está vacío.

No he venido desde el martes. Ya es jueves a la mañana, así que es un milagro que la carta siga intacta. Por lo general, el sobre desaparece por culpa del clima o de algún animal, o porque quizás se lo llevó el personal del cementerio.

Pero esta vez no solo la carta *sigue* aquí, sino que alguien sintió la necesidad de agregar un comentario.

La hoja sigue temblorosa en mi puño.

No puedo...

Esto es... Qué... quién haría... cómo...

Quiero gritar. No puedo ni pensar en oraciones completas. La furia me carcome las entrañas.

Esto era privado. *Privado*. Entre mi madre y yo.

Tiene que ser un tipo. Los bordes del papel tienen marcas de dedos grasientos, y la letra es medio cuadrada. Huele a arrogancia... la arrogancia de insertarse en el dolor de otra persona y pretender adueñarse de una parte. Mamá decía que las palabras siempre llevan un poco del alma de su autor, y casi puedo sentir cómo emerge esa alma de la hoja de papel.

Yo también.

No, él también *no*. No tiene *ni idea*.

Voy a presentar una queja. Esto es inaceptable. Esto es un cementerio. La gente viene aquí a llorar una pérdida en privado.

Este es mi espacio. MÍO. No de él.

Salgo dando pisotones por el césped, negándome a que la brisa fresca de la mañana se robe siquiera una chispa del fuego que me consume. Me duele el pecho y, peligrosamente, estoy al borde de las lágrimas.

Esto era nuestro. De ella y mío. Mi madre ya no puede responder, y las palabras que él escribió en mi carta parecen hacerlo más evidente. Es como si me hubiera apuñalado con el lápiz.

Para cuando llego a la cima de la colina, tengo lágrimas en las pestañas y mi respiración se volvió temblorosa. El viento me dejó todo el pelo revuelto. En cualquier momento voy a quedar hecha un desastre. Voy a llegar tarde a la escuela con los ojos enrojecidos y el maquillaje corrido. Otra vez.

Antes la orientadora mostraba algo de compasión. La señora Vickers me llevaba a su oficina y me ofrecía una caja de pañuelos descartables. Al final del anteúltimo año de la secundaria, me daban palmadas en el hombro y me susurraban al oído que me tomase todo el tiempo que necesitara.

Ya estamos a mediados de septiembre y mamá murió hace meses. Desde que empezaron las clases, todos se preguntan cuándo voy a volver a la normalidad. La señora Vickers me paró el martes pasado y, en lugar de mirarme con ojos comprensivos, frunció los labios y me preguntó si seguía yendo al cementerio todas las mañanas, y me dijo que quizás deberíamos hablar sobre formas más constructivas de aprovechar el tiempo.

Como si a ella le importara.

Igualmente, no voy *todas* las mañanas. Voy solamente en las mañanas en que papá se va antes al trabajo... aunque la mitad de las veces estoy convencida de que igual ni

se enteraría. Cuando está en casa, se hace dos huevos y los come con un tazón de uvas que arranqué de la parra y después lavé. Se sienta a la mesa y se queda mirando la pared, sin decir una palabra.

Yo podría incendiar la casa y quién sabe si él lograría escapar a tiempo.

Hoy fue una de esas mañanas en las que papá se fue más temprano a trabajar. La luz del sol, la brisa, la paz y la tranquilidad del cementerio... todo parecía una bendición.

Las dos palabras garabateadas en mi carta parecen una maldición.

Hay un hombre de ascendencia hispana de unos cuarenta años en el camino pavimentado. Está quitando hojas y recortes de césped con una sopladora y se detiene cuando me acerco. Lleva puesto una especie de uniforme de mantenimiento, y el nombre *Meléndez* le cruza el pecho.

—¿En qué la puedo ayudar? —me pregunta, con un ligero acento. Su mirada no es descortés, pero se ve cansado.

Se oye el hastío en su voz. Debo tener un aspecto feroz. Espera una queja. Se nota.

Bueno, estoy por quejarme. Tendría que haber alguna especie de norma que prohíba esto. Mi puño aprieta la carta dentro, estrujándola, y tomo aire para hablar...

Pero me detengo.

No puedo. A ella no le gustaría que haga esto.

Calma, Juliet.

Mamá siempre supo mantener la calma. Sensata, tranquila en medio de una crisis.

Tenía que ser así, con la cuestión de que iba de una zona de guerra a otra.

Además, estoy a punto de sonar como una loca drogada. Ya me veo así. ¿Qué voy a decir? ¿Alguien escribió dos palabras en mi carta? ¿Una carta que le escribí a alguien que *ni siquiera está viva*? Podría haberlo hecho cualquiera. Hay miles de tumbas alrededor de la de mi madre. Deben venir decenas de personas por día, quizás más.

¿Y qué va a hacer el tipo que mantiene el césped?
¿Quedarse al lado de la lápida de mi madre? ¿Instalar una cámara de seguridad?

¿Atrapar a alguien con un lápiz escondido?

–No pasa nada –respondo–. Disculpe.

Vuelvo a la tumba y me siento en el césped. Voy a llegar tarde a la escuela, pero no me importa. A la distancia, se oye que la sopladora de hojas del señor Meléndez se vuelve a encender, pero en este lugar estoy sola.

Le he escrito veintinueve cartas desde que murió. Dos cartas por semana.

Cuando estaba viva, le escribí cientos de cartas. Por su profesión, ella tenía que mantenerse al día con las últimas tecnologías, pero anhelaba la permanencia y la precisión de lo de antes. Cartas escritas a mano. Cámaras de rollo. Sus fotos profesionales siempre eran digitales, para poder editarlas en cualquier lugar, pero le encantaban los rollos de película. Ella podía estar en algún desierto africano, fotografiando situaciones de hambruna, violencia o malestar político, pero siempre encontraba tiempo para escribirme una carta.

También nos comunicábamos como todo el mundo, por e-mail y videollamada, cuando ella tenía la oportunidad. Pero las cartas... esas sí que tenían un significado especial. Todas las emociones atravesaban el papel, como si la tinta, la tierra y los borrones causados por el sudor de mi madre les dieran más peso a sus palabras, y yo podía sentir el miedo, la esperanza y la valentía.

Yo siempre le respondía. A veces mis cartas tardaban semanas en llegarle, después de pasar por su editor y viajar hasta donde estaba trabajando. A veces ella estaba en casa, y podía darle la carta antes de salir. No importaba. Nos transmitíamos nuestras ideas en papel.

Cuando murió, no pude dejar de escribir. Por lo general, en cuanto llego a su tumba, no puedo respirar hasta que

presiono un bolígrafo contra una hoja de papel y le transmito mis pensamientos.

Ahora, después de ver esta respuesta, no puedo escribir ni una palabra más. Me siento demasiado vulnerable. Demasiado expuesta. Alguien puede leer mis palabras.

Las puede tergiversar. Las puede juzgar.

Así que no le escribo una carta a mi madre.

Le escribo una carta a él.

Capítulo 3

La privacidad es una ilusión.

Es obvio que lo sabes, porque leíste mi carta.

No estaba dirigida a ti.

No era para ti. No tenía nada que ver contigo.

Era entre mi madre y yo.

Ya sé que está muerta.

Ya sé que no puede leer las cartas.

Ya sé que no tengo muchas alternativas para sentirme cerca de ella.

Ahora ni siquiera tengo esto.

¿Entiendes lo que me acabas de quitar? ¿Tienes idea?

Lo que escribiste da a entender que sabes lo que es la agonía.

No creo que lo sepas.

Si lo supieras, no habrías interferido en la mía.

Lo primero que pensé es que esta chica está loca.
¿Quién le escribe a un extraño en un cementerio?

Lo segundo que pensé es que sin dudas no soy quién para criticarla.

Como sea, no me conoce. No sabe qué sé yo.

Yo ni siquiera tendría que estar aquí parado. Es jueves a la noche, y eso significa que tendría que estar cortando el césped del otro lado del cementerio. No es que me sobre el tiempo para quedarme leyendo la carta de una extraña. Melones miró enojado su reloj cuando entré al galpón de las herramientas cinco minutos tarde. Si me descubre holgazaneando, me va a hacer la vida imposible.

Si me sigue amenazando con llamar a la jueza, voy a perder la paciencia.

Poco después, mi irritación inicial desaparece y solo queda mi culpa. Estoy aquí porque sentí una conexión con la carta anterior. Quería ver si habían dejado otra.

No esperaba que alguien *leyera* lo que yo había escrito.

Es como una bofetada darme cuenta de que ella habrá sentido lo mismo.

Busco un lápiz en mis bolsillos, pero todo lo que encuentro son las llaves y el encendedor.

Ah, *no, ya sé*. Rev necesitaba un lápiz en la séptima hora. Es raro de él no devolver algo que pidió prestado, incluso si es algo tan tonto como un lápiz viejo.

Quizás esta sea la forma en que el destino me dice que piense antes de hablar. Antes de escribir. Lo que sea.

Doblo el sermón y me lo meto en el bolsillo. Después me pongo los guantes y voy a buscar la cortadora. Odio estar aquí, pero después de estar semanas haciendo esto, me he dado cuenta de que los trabajos forzados son buenos para pensar.

Voy a trabajar, y a pensar.

Y después, volveré aquí a escribir.

Capítulo 4

Creo que eres tú la que no sabe lo que es la agonía. Si lo supieras, no habrías interferido en la mía.

¿Se te ocurrió pensar que tampoco se suponía que leeras lo que escribí?

—¿Juli?

Levanto la vista. La cafetería está casi vacía, y Rowan está allí parada, mirándome ansiosa.

—¿Estás bien? —me pregunta—. El timbre sonó hace cinco minutos. Pensé que nos íbamos a encontrar junto a mi locker.

Vuelvo a doblar la carta casi destruida que encontré esta mañana, la meto en mi mochila y jalo con fuerza de la cremallera.

No sé cuándo la escribí, pero debe haber sido la semana pasada, porque el papel está todo arrugado, como si se hubiera mojado y vuelto a secar, y no ha llovido desde el sábado.

Fue la primera vez en mucho tiempo que no fui al cementerio un fin de semana. En el fondo, estoy un poco enojada porque esta carta quedó ahí durante días. Es probable que esa convicción de que él tiene la razón haya perdido fuerza, mientras que la mía es nueva, está fresca y la siento caliente en el pecho.

Me alegro de haber ido esta mañana. Los martes a la noche cortan el césped, y seguramente el personal la habría arrojado a la basura.

—¿Qué estabas mirando? —pregunta Rowan.

—Una carta.

No pregunta nada más. Piensa que es una para mi madre. Y dejo que piense eso.